

que lo habeis de dar una exácta y rigurosa cuenta de vuestras obras. Preguntará á cerca de todas vuestras intenciones, exáminará todos vuestros pasos y arreglará su juicio vuestra conducta. *Qui interrogabit opera vestra... judicium.... fiet* (1).

¿Acaso no han sido para el Duque de Orleans estos esenciales principios la constante regla de sus acciones? ¿Quién supo nunca mas bien que él defender la fé de la injusta preocupacion de que la humildad christiana envilecia á los hombres ensalzándoles delante de Dios? La Religion que le dirigia en el retiro, era siempre la antorcha que le iluminaba para conocer lo que debía á Dios, al mundo y á sí mismo. Hacia ver sin cesar en su persona los designios que sobre él y su conducta tenia la Providencia. En lo interior de su corazon se tomaba á sí mismo la severa cuenta que debía dar á Dios algun dia. Cotejaba á los pies del Santuario sus obligaciones y sus acciones, lo que era y lo que debía de ser.

Si él no hubiera sabido, como perfecto solitario, sino orar, humillarse delante de los altares, y no conservar de la grandeza mas que el nombre y el caracter sin sostener sus derechos, tendría por muy débiles á sus virtudes: no advertiría en ellas sino la obra de una piedad mal comprendida, y sentiría interiormente el error de un príncipe mal entendido que tomaba las apariencias de la Re-

(1) Ibidem. v. 4. et 6.

ligion por la Religion misma. Pero no separamos lo que jamás quiso él desunir; esto es, su fe y su nacimiento, su piedad y su elevada clase, su humildad y sus derechos, sus sacrificios y su estado. Aunque él se postraba humildemente á los pies de la cruz, no se olvidaba que habia nacido al lado del trono. Tributaba á Dios el homenaje de su grandeza al paso que no permitía desapareciese delante del mundo. Huía del brillo de los honores sin embargo de que era propio de su persona. Siempre es bueno menospreciar el fausto y los placeres de la grandeza, porque siempre son peligrosos y muchas veces criminales. Pero sus títulos, sus derechos y sus posesiones no eran tanto suyas quanto de la augusta casa de quien era la cabeza, y cuyos intereses estaban precisamente confiados á sus cuidados, á su justicia y á su prudencia. Puesta de acuerdo la razon con la fe, le hacian conocer que aquellas ventajas no debian ser la materia de su sacrificio.

¿Se querrá decir ahora, que su piedad le habia empeñado en unas acciones tan continuadas que le impedian atender á sus principales obligaciones? No por cierto: siempre desempeñó con aplicacion y desvelo los deberes que creía inseparables del alto lugar que ocupaba. Quando era necesario, sabia sacrificar sus oraciones y su misma soledad por presidir en su consejo, de quien era el alma por la superioridad de sus luces, por la rectitud de sus intenciones y por la equidad de sus sentencias. ¿No os podría yo hacer ver,

como por una necesaria economía , y por medio de ingeniosos recursos supo restablecer el orden en su casa , quitando en ella gastos inmensos , reparando sus aniquiladas rentas , y añadiendo nuevos dominios á los que tenia? Por este modo de obrar tan prudente manifestó siempre al mundo , de qué bien lejos de ser el espíritu evangélico un obstáculo para la verdadera grandeza , solo sirve para aumentarla y hacerla mas apreciable.

Aunque regularmente no ostentaba el pomposo aparato que da á conocer á los príncipes de la tierra , no por eso dexaba de saber todo lo que correspondia á su estado. La Religion le habia enseñado , que el uso legítimo de la brillantez exterior , es aquel en que ella descubre los motivos y consagra el fin. Este brillo mantiene el caracter de la grandeza y le atrae los respetos. De este modo retenía el príncipe todo lo que le tocaba. Pero una pompa estéril , obra del fausto y de la ostentacion , nada añade á la dignidad , ni menos al hombre que la obtiene : esto es lo que evitaba justamente nuestro Héroe y de lo que se desentendía. No era por una vana apariencia de grandeza por la que se mostraba grande y digno de serlo , sino por la conducta. Sin embargo , ponédle en aquellas ocasiones en que exija su nacimiento que se presente con aquel esplendor que admira y embelesa , y vereis como entonces no se sabe negar á la decencia. La verdadera piedad le hacia mudar de situacion sin variar de motivo. Sencillo en su particular conducta , y magnífico quando lo debía ser,

ser , sabía humillarse segun las circunstancias como christiano , y presentarse como príncipe; prestarse por obligacion á la magnificencia que habia abjurado por virtud; y no siendo estas mas que una accion pasagera , dexaba inmediatamente aquella decoracion de etiqueta para volver á seguir con la modesta simplicidad del Evangélio: de tal suerte , que apenas se le habia respetado como príncipe , quando se le admiraba ya como christiano.

Pero al paso que con este caracter era solamente ingenioso para practicar la humildad evangélica , se mostraba con aquel atento siempre á sostener las prerogativas de su estado. No ignoraba el *Duque de Orleans* que estaban unidas á su cuna distinciones muy particulares , ni que aun la misma virtud las debia menospreciar , por ser una consecuencia precisa del orden establecido por la Sabiduría de Dios. Creía justo el mantenerlas , no por una especie de vanidad (porque estaba bien persuadido que la consideración , el honor y el respeto debido á los príncipes , son los privilegios de la grandeza y no un suplemento del mérito) , sino únicamente porque le parecia que esta especie de homenaje público le correspondia á aquel príncipe que se viesse sobre la esfera de los demas hombres. Zeloso defensor de sus derechos , sentia por la Religion todo lo que era y lo sabia hacer conocer á los demas ; aunque siempre con nobleza y nunca con desayre. Estaba muy lejos de él aquella altivez que caracteriza á un hombre admirado de la grandeza , para la que no habia sido hecho. El *Duque de*

Orleans dexaba para aquellos á quienes una casualidad eleva á los honores esta hinchazon meditada, que al paso que puede adornar la representacion, no concede nada á la persona. Este modo de pensar solo conviene á un Aman y es muy inferior para un Jonatás. Si daba á conocer á aquellos que se olvidaban por una grosera familiaridad de que no se escapaba á su atencion su impolítica, era siempre con aquella afable y modesta grandeza, que naciendo del interior sentimiento, da á conocer asimismo la virtud y obliga al respeto.

Este mismo le exigía tambien de aquellos cuyas luces consultaba. Si era amigo de los sabios tambien queria no ignorasen que era su protector. Pero ¿á que sabios fué á los que concedió esta proteccion? Constantino supo en otros tiempos distinguir á Lactancio por el zelo con que defendió la Religion, y por eso le colmó de beneficios. En nuestros dias se vió renovar este célebre exemplo por el *Duque de Orleans*. ¿Quantas veces hallaron en este príncipe un poderoso apoyo y un magnífico remunerador los mas eloqüentes apologistas de nuestra Religion santa? Ansioso por el cultivo de sus talentos, animaba su zelo, patrocinaba sus trabajos y se interesaba en sus sucesos. Los unos no han podido dexar de manifestarnos las luces y socorros que le debian; y los otros aun nos pueden hacer patente todo lo que debían á su atencion y generosidad.

Como juez que penetraba el mérito, recompensaba los talentos consagrados á la Religion, y hacia un justo menosprecio de los que

que obraban en perjuicio suyo. ¿Con quanta indignación miraba el abuso fatal que se hace en el dia del espíritu y del ingenio? ¡Que no hubiera podido él detener el rápido curso de estas tenebrosas obras, multiplicadas por el interes, solicitadas por el libertinage y acreditadas por la irreligion! Lo mismo fué ver el impío sistema que se había levantado antes de su muerte, que juntar los doctores de *Israël* y exhórtarles á la censura de una obra escandalosa, con la que el temerario discípulo había intentado sorprehender la Religion de sus maestros. Conmovido el zelo del príncipe, hubiera querido poder desgajar una centella que hubiera sido capaz de incendiarla. Había penetrado toda la encadenacion de esta perniciosa doctrina. Y ¿quien podía penetrar mas bien que él todo el veneno que contenia? Aun á los mismos sabios llegó á admirar no pocas veces la extension de sus luces. Pero aunque le eran familiares muchos conocimientos, todos tenian por objeto la gloria de la Religion.

Esta es, señores, la que debe interesar sobre todo á los príncipes. Graben enhorabuena todas las artes y ciencias sobre el sepulcro del *Duque de Orleans* los títulos que deben á su erudicion, que yo por lo que á mí toca, admiraré sobre todo, como orador christiano, á un príncipe profundo en la ciencia de las sagradas Escrituras, cuyo original language nada tenia de extraño para él: á un príncipe instruido perfectamente en la Religion, de quien se ha declarado defensor y apologista

contra las temerarias empresas del error y de la impiedad; y á un príncipe, en fin, zeloso de la doctrina de los Santos Padres, cimentado con sus obras, heredero de su sabiduría, discípulo de sus sentimientos, é imitador de su modestia y de su sumision.

Vosotros, sabios, á quienes conoció mas particularmente este príncipe, vosotros digo, podeis manifestarnos mas bien las muchas veces que os comunicó sus reflexiones, sus conocimientos, sus conjeturas y sus dudas, y las infinitas ocasiones que creyendo ser instruido os enseñó. No fueron menos tampoco las que os aprovechástéis de sus luces quando creiais no serviros sino de su proteccion. Quando se concede esta á empresas ventajosas á la Religion y á la sociedad, se inmortaliza un príncipe, porque adquiere cierto derecho sobre el reconocimiento de la Iglesia y del Estado. Derecho á la verdad mas lisongero que el de la propia grandeza. Hablo de aquellos dos establecimientos, cuyo objeto es el de la educacion en el primero (1), y en el segundo la inteligencia de una lengua tan ignorada como útil en el christianismo (2). Versailles aplaudió al uno, Paris al otro y la Religion á entrambos. En la primera escuela se forman discípulos, y en la segunda se preparan maestros. En aquella se instruyen hombres que serán algun dia la gloria del estado. En esta se exercitan ministros que defenderán la fe en algun

(1) El Colegio de Versailles.

(2) La cátedra de Hebreo fundada en Sorbona.

tiempo. ¡Establecimientos útiles que transmitirán á la posteridad mas remota la piedad, zelo y liberalidad de su ilustre fundador.

La liberalidad, pues, es la mas noble virtud de los príncipes. Ella es la que hace ver su elevacion y la generosidad de sus sentimientos. El poder hacer felices á otros, es el mas relevante privilegio de la grandeza. Ser en la tierra la imagen del Dios de misericordia y el ministro de su Providencia, son dos títulos preciosos que añade la caridad á los del nacimiento, y forman con otra tanta mas razon la gloria de los príncipes en quanto constituyen su verdadero mérito. Un nombre augusto hace el elogio de sus mayores; pero los beneficios publican el de su corazon. Se respeta su elevado estado, pero no se le concede la gloria que con esta podia merecer. Quando su corazon les hace amar es un mérito que se conceden á sí mismos, y los honores que se tributan á su modo de pensar, deben, prescindiendo de su nacimiento, lisongearles con otra tanta mayor delicadeza, en quanto no se lo deben á nadie mas que á sí mismos.

El Duque de Orleans recibió como merecia estos honores. A la verdad eran unos resplandecientes homenajes que mas bien tributaba el reconocimiento á su persona que á su clase. ¿Quereis que os diga qual era la prerogativa que mas estimaba entre las de su nacimiento? Pues no era otra que la ventaja de poder hacer bien. Sacrificando una parte de su grandeza, no tenia necesidad de hacerlo de sus riquezas. Si las conservaba, no era para vivir

como príncipe magnífico, según podía, sino para hacer de ellas un uso más noble, más útil y más christiano; en una palabra, para consagrarlas á la caridad.

Yo no recopilaré todas las pruebas de esta caridad tierna, compasiva, industriosa y universal, que como una lluvia bienhechora extiende la abundancia sobre las tierras más estériles. Me basta recordaros los estragos de aquella funesta inundación que asoló á todo el Orleans. Figuraos vosotros mudadas las campiñas en una mar dilatada, destruidas las casas, arrebatados los rebaños por la corriente, y extendida el hambre con la misma rapidez que las aguas. En aquel estado parece que estaba dispuesta la muerte á dar el último golpe á infinitas víctimas, que apenas las había dexado ya con vida la miseria. El rico estaba sin esperanza, el pobre sin consuelo, y unos y otros amenazados de una próxima ruina. No parecía sino que en aquellos parages había resuelto el cielo cubrir la tierra con un nuevo diluvio... Pero consolaos desgraciados pueblos, que vuestras lágrimas y oraciones han aplacado ya la ira del cielo. Ya van á cesar vuestros temores, y á ser remediadas vuestras pérdidas. Mirad la paloma que os trae el ramo de oliva. Un príncipe generoso es el que conoce vuestras necesidades y desgracias. En efecto, abriéronse sus tesoros, repartióse el socorro, cesó el azote, renació la abundancia y la inmensa caridad del *Duque de Orleans* hizo dudar en aquella asolada provincia, si el haber experimentado tantos males les tuvo
mas

mas cuenta á los pueblos que si no hubieran sufrido el más leve menoscabo.

Mas aunque estos prodigios son tan conocidos; ¿quantos hay que aun se ignoran en el día? Con vosotros es con quienes atestiguo, con vosotros los que estais siempre estudiando el modo de hacer resaltar vuestro gran nombre, sin embargo de que por otra parte quisiérais ocultar aun á vosotros mismos el horroroso contraste de vuestro miserable estado, con vosotros, pobres ilustres, que os avergonzáis de descubrir las lágrimas que vertéis en secreto. Presentaos, pues, no temais manifestar al príncipe la pintura de vuestras desgracias, que él sabrá ahorraros tan humilde relación. No teneis de que avergonzaros para recibir sus beneficios, porque él ocultará la mano que os les suministra, y solo será por la grandeza de la generosidad por la que conocéis que vuestro bienhechor es el *Duque de Orleans*.

Como recurso del huérfano abandonado, consolador de la triste viuda, y padre de los desgraciados, sabia alcanzar á todos con su caridad. Caridad que no conocia otros límites que los de su poder, y de quien la Religion era siempre el principio y la regla. Quando *el Duque* se vió obligado algunas veces, á pesar de sí mismo, á suspender el universal poder de sus donativos, concedió su corazón lo que la necesaria obediencia le precisaba rehusar.

De aquí procedió aquella confianza tan general que tenían en él. Cada día formaba al
re-

rededor de sí una numerosa corte; pero no de lisongeros sino de suplicantes. El rico llegaba á él á pedirle socorros, le hablaba por sí mismo, y todos eran admitidos y escuchados, y por lo regular socorridos. Los clamores que continuamente oía el príncipe entre la gritería de mil confusas voces, se reducian á decir: ¡dichoso aquel que se compadece de la miseria de los hombres! *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem* (1). A todos los corazones ganaba, y todos los votos se reunian para asegurar su felicidad y perpetuar sus dias. La muerte debería respetar á aquellos hombres que son el honor de la humanidad y de la Religion. Muchas veces oía el *Duque de Orleans* este unánime language de los corazones; pero solo él era el que no le aplicaba como correspondia. La verdadera caridad no es sensible sino al placer de obligar á que se la elogie.

Mas ¡que nuevo cúmulo de hechos interesantes y dignos de estamparse en los anales de la Iglesia se me recuerdan! Allí se forma la indigente nobleza, por sus liberalidades, en las ciencias y en la piedad (2). Aquí se preparan á la sombra del santuario levitas jóvenes sostenidos por su generoso zelo (3). Ellos son desde luego la esperanza, y despues la gloria del sacerdocio.

Si

(1) Ps. 40. v. 1.

(2) El Colegio de Beaumont en Normandia.

(3) El Seminario de la Santa Familia, llamado de los Treinta y tres.

Si pongo mi atencion en los asilos consagrados á la caridad, me ofrece siempre nuevos prodigios la memoria de las larguezas que continuamente usó con ellos. Si contemplo aquellos profundos encierros en donde la justicia de las leyes tiene á tantos infelices; observo que olvidan estos la amargura de su situacion para hacerme ver, que el *Duque de Orleans* acaba de juntar sus lágrimas con las suyas, no sabiendo lo que deben ellos admirar mas, si su modestia que á nada se niega, ó su caridad que para todo es suficiente. ¡Quantos hábiles artesanos continuaron ejercitando sus talentos por los socorros que les suministró! ¡Quantos comerciantes que se habian perdido repararon su ruina, y mantuvieron por él su comercio! Toda la Francia está llena de sus beneficios, los que llegaron hasta el nuevo mundo.

A él era á quien los pontífices, los pastores y los ministros de Jesu-Christo, acudian en los tiempos calamitosos, hallándole siempre favorable á sus deseos, rival de su zelo y útil á su caridad. Aunque siempre era la suya abundante, llegaba á ser en estas ocasiones santamente pródiga. A él era á quien debian tantas vírgenes consagradas á Jesu-Christo la paz que gozaban en la casa del Señor. La inocencia expuesta al peligro, le debia su seguridad, y el pecador penitente su retiro. ¡Quantos lloran todavía en este príncipe el apoyo de su honor, el custodiador de su gloria y el conservador de sus dias! Si el zelo y la piedad falsa abusaron algunas veces de su confianza,

no

no echemos la culpa á sus luces ni á su corazón. Mejor queria, segun decia él, hacer ingratos que dexar infelices; y mas bien queria prodigar socorros que dexar de repartir lo suficiente. En una palabra, aunque se pudiese engañar á su caridad, jamas fué posible agotarla.

Si dudase alguno de su grandeza en estas acciones, y en los sentimientos que inspira la caridad, sabiendo hacerlos revivir dichosamente el amor á la patria, y reproduciéndolos cada dia el zelo de la Religion, que pregunte, ¿si Theodosio (1), del modo que nos le pinta el Arzobispo de Milan, y está representado á los ojos del mundo como la imagen del Dios de caridad, era un príncipe tan grande por sus acciones como por su clase? Que pregunte tambien, ¿si San Luis, que siempre procuró mostrarse el juez y padre de su pueblo, era un monarca menos grande y admirable, porque fuese mas caritativo y christiano?

Yo, señores, no acabaria este elogio fúnebre si me empeñase en reunir todos los rasgos de grandeza que caracterizan al *Duque de Orleans*: grandeza siempre útil á la sociedad, á la Religion y á su propia santificacion. Siempre la conservó en efecto: mas ¿que digo yo? aun se mostró con nueva brillantez en aquel instante fatal en que no es extraño llegue el hombre á flaquear. Vió que se acercaba la muerte á pasos lentos, y mucho mas horrible con

(1) *Magnum et honorabile est, homo misericors.*
Ambros. Serm. in obitu Theod.

con esta aparente tranquilidad que lo que se manifiesta en una accion sanguinaria. Bien léjos de volver sus ojos al verla, se puede asegurar, que, segun la firmeza con que la miraba, no temia desafiarla.

¡Pero ah! ¿que es lo que yo hago? Yo, señor (1), he renovado incautamente vuestras llagas, y el dolor público. Me he atrevido á descubrir á vuestra vista el tierno espectáculo de un padre moribundo. ¡Que instante para su corazón y el vuestro! Sobre dos ocasiones conoció en el discurso de su vida la fuerza de los lazos que le estrechaban con vos. En vuestra infancia casi estuvisteis para perder la vida con una cruel enfermedad; y en una edad mayor la expusisteis vos mismo por el bien del estado (2), con una intrepidez tan grande que le hizo temer, así como á toda la Francia, de que vuestra gloria le costase muy cara.

Todo quanto habia experimentado en estas dos ocasiones se renovó quando os presentásteis á él: vos solamente le podiais hacer conocer que aun tenia alguna cosa en la tierra que le interesaba. Apenas podia respirar y conocia que os amaba. Como que le veo esforzarse para levantar sus cadavéricas manos al cielo y recoger todo el tiempo que le quedaba de vida para dar á su augusta familia la última señal de su amor.

Esto es hecho: ya no pensaba mas que en consumir su sacrificio. Su zelo y su fervor le en-

(1) El Duque de Orleans.

(2) Batalla de Tingen.

encaminaban todavía al pie de los altares, pero sus fuerzas se negaban á su piedad. Lo único que conseguia era mitigar con ella los rigores de su penitencia. Aun no era esta, como él decia, *proporcionada* á lo que debia á la justicia de Dios. Penetrado del temor de un Dios vengador, y de la confianza que tenia en la misericordia de este Señor, recibió la muerte con la constancia que es propia de un héroe christiano quando espira. Todo se llenó de tristeza. Ya espiró aquel príncipe que sacrificó su grandeza á la Religion y supo tambien conservarla por ella; aquel príncipe *querido de Dios y de los hombres* (1), que era el ornamento de la Francia, el consuelo de la Iglesia, el Héroe del Evangelio, y el padre de los pobres. *Mortuus est.*

Tales son los justos elogios que le tributan el monarca y los vasallos, los ricos y los pobres, y todos los estados del reyno. *Universus Jüda et Jerusalem, luxerunt eum* (2). Ya se nos fué aquel príncipe que por desgracia tendrá acaso muy pocos imitadores. Pero todavía permanecen vivos sus exemplos. Quiera Dios que su muerte sirva siempre de instruccion á los christianos sobre la vanidad de las grandezas humanas y la necesidad de sacrificarlas á la Religion.

¿Si me engañaré yo? Me parece, señores, que este aparato fúnebre se mudará en un espectáculo brillante. Yo creo que á este triste

(1) *Dilectus Deo et hominibus.* Eccli. 45. (1)

(2) *Paralip. c. 35. v. 24.* (1)

cántico se seguirá otro de alegría, y que la Iglesia invocará al príncipe por quien en el día ruega al Altísimo. Sus virtudes discurro que son garantes de este vaticinio. Y ¿por que no hemos de pensar, que un príncipe formado por el exemplo de los santos goce ya de su recompensa?

